

# A través del espejo ¿Por dónde andamos?

Hugo Hiriart

Es más difícil, prácticamente imposible, en mi opinión, determinar con un mínimo interesante de certeza, cómo andan las cosas en nuestro país al filo del las conmemoraciones patrióticas.

Sabemos que del presente no podemos tener comprensión cabal: no tenemos perspectiva, nos queda demasiado cerca. No sólo el presente del tiempo que vivimos, sino siquiera el de nuestra propia vida. “Nadie puede saber cuáles son los momentos, los hechos, verdaderamente importantes de su propia vida”, juzga Balzac. Menos aún podemos precisar en qué momentos o debido a cuáles hechos de nuestra época la puerta torció el rabo y se fue por donde se fue.

Eso es el presente, en cuanto al futuro es por entero impredecible. Tiniebla densa, enigma cerrado, vaticinio imposible.

¿Y el pasado? El pasado es siempre conjetural: ninguna historia, asegura el gran historiador holandés Peter Gay, llega a la verdad. ¿Cómo podríamos verificar que llegó a la verdad? ¿Con otro libro de historia igualmente cuestionable? No, lo único que puede garantizar un libro de historia, si es suficientemente bueno, es un punto de vista articulado, interesante, elocuente, sobre un asunto, personaje, momento o época histórica.

Con este transfondo de escepticismo se explicará que reclame la atención un estado social notable, a saber: la sensación de fracaso y entero desaliento, el hartazgo ante los yerros, la impotencia, la ineptitud tan extrema que es inexplicable, la corrupción incesante, la ceguera, la ausencia de la imaginación y la audacia de quienes tienen y han llegado, inexplicablemente, a puestos de responsabilidad, la injusticia rampante, la pérdida del estado de derecho en amplios órdenes y espacios de la vida nacional, la información maquillada, el engaño y la mentira, la politiquería omnipresente, las

componendas, la vida pública secuestrada por pigmeos morales...

Se entiende que ante una percepción tan desencantada la gente mayoritariamente haya desarrollado una especie de voluptuosidad de la impotencia, la corrupción y la irresponsabilidad que infesta con escándalo los medios de difusión. La gente se ha vuelto *gourmet* de fracasos y corruptelas. Estas percepciones han ido generando, sin embargo, ese rencor sordo y cólera apenas contenida que ahora caracterizan a amplias capas de la población.

Lo que me llama la atención es por qué, con tan pocas certezas racionales, hay tanta desilusión mezclada con cólera rencorosa entre la gente. Que estamos mal, nadie lo pone en duda. Pero lo cierto es que siempre hemos estado mal. Quizá no hemos empeorado tanto como ha crecido nuestro desaliento, impotencia y cólera. ¿A qué obedece esta percepción tan negativa cuando enfurecida?

Parte de la respuesta está al menos, desde luego, en que las esperanzas depositadas en el cambio de régimen derivado del fin de la hegemonía política del PRI se vieron lamentablemente desmoronadas y reducidas a despojo y escarnio en los regímenes del PAN. De ahí viene, parece, la percepción de que toda esperanza es vana y no se hace nada y tal vez no puede hacerse nada: así somos nosotros, malos, estúpidos, corruptos, irresponsables, incapaces, qué le vamos a hacer. Un país cada día más pobre, más violento, más injusto e inepto, en retroceso en todos los órdenes. Estamos en una jaula donde, tras los barrotes nos bombardea, como en un mal sueño, propaganda oficial subnormal profunda en la que nadie puede creer.

Deben registrarse otras razones, claro, porque este desaliento se debe a que el asunto es complejo, y quisiera contribuir a las inda-

gaciones sobre cuál pueda ser su raíz señalando una pista, un tanto lejana, pero posible. Es ésta: el enflaquecimiento de esperanzas que trajo el desmoronamiento de la izquierda. En Rusia y Alemania no cayó sólo un muro, cayó un horizonte de posibilidades más o menos vago. La vida podía ser diferente, la existencia sería alguna vez diferente, más racional, menos avorazada, más justa. Menos que el vivo y listo (versión moderna del más fuerte del diálogo platónico) detentara todo, y el débil y pasivo, nada, sólo la servidumbre.

El horizonte se ha estrechado, en palabras de Ortega y Gasset:

La fe en la cultura moderna (es) triste: (es) saber que mañana (va) a ser en todo lo esencial igual a hoy, que el progreso consiste en avanzar por todos los siempres sobre un camino idéntico al que ya está bajo nuestros pies. Un camino así es más bien una prisión que, elástica, se alarga sin libertarnos.

Y esta sensación de encierro ha desorbitado la percepción de nuestros azotes y desventuras.

Pero ése no es mi diagnóstico, mi opinión es ésta: no se trata de que hayan variado o empeorado tanto las cosas, como de que ahora todo eso nos va pareciendo cada vez más insostenible. Los que hemos cambiado somos nosotros, nuestro sentido crítico, nuestro canon de lo que debe ser, nuestra paciencia. La posibilidad de lo correcto y bien hecho de pronto está presente en nuestra imaginación, lo extrañamos cada vez que no aparece, que es muy seguido, y nos irritamos y caemos en vociferaciones.

Y pienso que de esa irritación, impaciencia y crítica reiterada que ostentamos pueden esperarse con el tiempo, y un poco de suerte, buenas posibilidades transformadoras. ■